

TOCA MI VENTANA

Ana Gil Quiles



MURCIA
2019

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro
Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Toca mi ventana”
© Ana Gil Quiles, 2019
© De esta edición, Editorial Tirano Banderas, 2019
Grupo Editorial Tres y Libros, SL
Murcia, España.

www.editorialtiranobanderas.es
editorialtiranobanderas@gmail.com

Primera edición: abril de 2019
IBIC: FA
ISBN: 978 84 949731 1 6
Depósito legal: MU 304-2019

Printed in Spain - Impreso en España

PRÓLOGO

El libro que tienes un tus manos no contiene una historia cualquiera. ¿Por qué? Es un viaje de sensaciones que te lleva desde la adolescencia hasta los tiempos actuales. Portadas de periódicos, telediarios, incluso las mismas redes sociales nos hablan últimamente de un tema que sabemos muy delicado. Lo vemos desde fuera como algo imposible, que nunca nos puede pasar a nosotras, pero antes de darte cuenta estás atrapada dentro.

Podemos ver esto en Carlota, una chica morena, rubia y pelirroja; con los ojos verdes, marrones y azules; alta y baja; con más y menos caderas; que vive en la ciudad, en el pueblo y en la playa. Carlota, desgraciadamente, en 2019 somos todas. Si no lo crees, puedes ver las estadísticas. Pero es una realidad que parece ignorada, por todos y cada uno de los miembros de esta sociedad.

Nosotras mismas, estudiantes de 4º ESO, nos damos cuenta de la falta de educación igualitaria. En el libro de historia faltan nombres femeninos, en literatura no aparecen autoras, en deporte nos siguen separando a chicos y chicas (porque, claro, ellos son más fuertes). Por no hablar de las escasas charlas de educación sexual que recibimos y la vergüenza que pasamos al pensar en la posibilidad de manchar de sangre la silla de clase. Mientras esto pasa, el sexo para nosotras es algo tabú y a ellos se les oye hablar de eso a diario. No hay nada de lo que extrañarse, pues, al llegar a una situación de maltrato.

Cristian aparece en forma de chico educado, que te quiere mucho, te llena de mimos... tu príncipe azul, la media naranja. Pero lo que no sabes es lo que él puede llegar a hacerte. Cabe destacar la figura de Emma. Las tres que estamos escribiendo este prólogo, somos súper amigas. Nos hemos prometido actuar como ella entre nosotras. Preferimos una pelea a no saber cómo acabar.

Lo que la autora pretende conseguir con este libro es mostrar la realidad de lo que puede suceder en una relación que empieza

siendo normal. *Toca mi ventana* ha conseguido abrirnos los ojos en muchos aspectos. No solo respecto al maltrato, también sobre la amistad. Muestra el lado familiar, ya que, a nuestra edad, siempre se infravalora a los tuyos, lo más valioso que tienes en la vida.

Proponemos que cada lector aporte su granito de arena. No hace falta nada económico, ni material. Se trata, simplemente, de ayudar a los que nos rodean. Porque nunca sabemos lo que pueden estar pasando.

Ana, Lola y Mari Luz

Para Juan Carlos, Francisco y Lola

TOCA MI VENTANA

MADRUGAR

Emma tocó con los nudillos el cristal, como todas las mañanas, una vez y otra. Sabía que si llamaba al timbre de la puerta no obtendría el mismo resultado. Intentó abrir la ventana, pensando que tal vez Carlota la hubiera dejado semi abierta y así podría gritarle a través de la abertura para que saliera, pero no era así. «¡Qué barbaridad, todas las mañanas lo mismo! Esto es amistad y lo demás son tonterías», pensó. De manera que decidió tamborilear la ventana con los dedos mientras tarareaba mentalmente la *Marcha Imperial de La Guerra de Las Galaxias*. Entonces vio que algo se movía bajo la colcha, incluso le pareció oír...

—¿Qué pasa? ¿Quién es?

Carlota se dio cuenta de que su amiga estaba golpeando la ventana.

—¡Oh, vaya! —susurró. Con algo parecido a una voz de ultratumba añadió:

—Ya voy.

Se incorporó en la cama con un ojo aún cerrado y el pelo alborotado. Sentada en el borde vio que Emma estaba fuera e hizo un esfuerzo titánico para levantarse. Caminó arrastrando los pies, para no gastar más energías de las estrictamente necesarias, no fuera que se despertara del todo. Le hizo un gesto con la mano dándole a entender que iba a abrir la puerta principal. Cuando lo hizo, un rayo de sol se coló deslumbrándola, lo que la obligó a poner la mano en la frente a modo de visera. Eso la despertó definitivamente. Una especie de gruñido salió de sus entrañas, Emma no tenía ni idea de lo que su amiga le había dicho, ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba despierta o sonámbula. Entró muy pizpireta en la cocina de Carlota dispuesta a arrastrarla al instituto.

—Buenos días, dormilona, yo no sé a qué te dedicas por las noches, pero no hay quien te saque de la cama.

—Voy a cambiarme.

—Vaya, ya se va entendiendo lo que dices, el gruñido matinal ha mutado hasta convertirse en una frase casi descifrable.

Emma, como la mayoría de las mañanas, sacó una taza del armario, abrió la nevera y la llenó de leche. Aún hacía calor, así que no la calentó en el microondas. Buscó en la despensa hasta que encontró

unas galletas. No eran las preferidas de Carlota, si bien bastarían para un desayuno rápido.

—¿Cómo vas? —gritó desde la cocina.

Sabía que su amiga necesitaba sentir el aliento en el cogote para ponerse en marcha por las mañanas. Después de tantos años yendo juntas a clase se habían convertido en algo más que hermanas. Carlota era un auténtico desastre para algunas cosas. Gracias a Dios, contaba con Emma. El tintineo de la cuchara contra los bordes de la taza le revelaba que Emma ya estaba trajinando en la cocina preparándole el desayuno. ¡Qué suerte tenían de contar la una con la otra! Había sido un flechazo a primera vista. Desde Infantil, se sentaron juntas y hasta la fecha habían compartido todo. Iban juntas al mismo instituto y se las apañaban para conseguir estar siempre en la misma clase. Eran lo que se dice inseparables y, por supuesto, se habían hecho confidencias de todo tipo. Parecían de planetas diferentes. El pelo igual de rizado, casi indomable. Sin embargo, una era morena con los ojos negros y la piel oscura. Su amiga, pelirroja, con los ojos verdes, la tez blanca y cubierta de pecas.

—Ya estoy casi —dijo Carlota, que salió del baño abrochándose el vaquero y se tomó la leche de un trago, sin galletas—. Voy a lavarme los dientes y nos vamos.

—Si te peinas un poco no estaría de más.

—Pareces mi madre.

Emma oía el grifo del baño y el sonido del cepillo eléctrico. Escuchó cómo escupía su amiga la pasta de dientes y supuso que después se había peinado, porque cuando salió llevaba su pelo negro ensortijado algo más ordenado que unos minutos antes.

—Pues, a partir de ahora, me voy sola al *insti* y te dejo aquí —se quejó Emma.

—No, eso no —se acercó y le plantó un beso *chillao* en la mejilla con olor a dentífrico—. ¿Qué haría yo sin *mi muy mejor amiga*?

—De momento, dormir más horas. ¿Qué estuviste haciendo anoche?

—Chatear con Cris —Carlota cogió la chaqueta, su mochila y las llaves. Salieron en dirección al centro escolar.

—¿El nuevo *buenorro*? Pero si apenas lo conoces.

—Ya, pero me mandó hace un par de días un mensaje para preguntarme sobre los ejercicios de *mates* y hemos empezado a *wasapear*.

—A ver, que yo me entere, ¿el *Adonis* ese que te cagas te consultó a ti, la desastre que lo flipas, sobre matemáticas? Está claro que quiere rollo.

—Sí, cristalino, yo lo sé, él lo sabe y ahora tú también. Además, cuando me preguntó por los ejercicios le dije que no sabía los que debía hacer y, aun así, continuó chateando conmigo.

—Y... ¿Cómo no me lo has contado antes?

—Al principio no le di importancia.

—Bueno, y ¿qué tal es?

—Aparentemente, simpático.

—Pues eso está muy bien, pero si chateas hasta muy tarde luego no hay quien te saque de la cama. Dile a tu madre que antes de ir al trabajo te ponga el despertador.

—Ya lo hace, pero lo apago y sigo durmiendo. No lo puedo evitar —contestó Carlota con un gesto de resignación.

Ambas amigas residían en un barrio tranquilo de las afueras, a unos quince minutos andando la una de la otra. Eran viviendas a nivel de calle. La casa de Carlota tenía, además, una pequeña parcela que su padre, Ángel, haciendo honor a su nombre, cuidaba con gran esmero. No obstante, de eso hacía mucho, o al menos le parecía a ella. Ahora su madre hacía lo que podía con el poco tiempo de que disponía. Se diría que a Patricia no se le daba tan bien mimar las plantas como a su padre. Era raro que florecieran y a duras penas aguantaban el invierno. Las más delicadas se habían ido en pocos meses. Solo algunos geranios perduraban y la enredadera, que trepaba por los laterales de la casa resistiéndose al fracaso, por no hablar del césped. Al final terminarían poniéndolo artificial. Lejos quedó el proyecto de su padre de incluir una piscina. Se evaporó en cuanto aquella maldita furgoneta que le adelantó no guardó la distancia de seguridad y destrozó su bicicleta con él encima. Un repartidor, despistado, leyendo lo que sería su próximo encargo, le arrebató a su padre para siempre. Se quedó sin Ángel, ni piscina, ni jardín.

Entraron por la puerta del instituto camino de primero A. El silencio de los pasillos indicaba que llegaban tarde. Así que corrieron escaleras arriba y, una vez en la segunda planta, frenaron al ver que había alumnos en la puerta. El profesor de Lengua no había entrado aún en el aula. Llegaron a clase y Cristian estaba sentado al fondo charlando con Roque, otro chico nuevo con el que había hecho amistad. Cuando las vio, Cristian levantó la cabeza a modo de saludo para continuar como si nada. Emma dio un codazo a Carlota y fueron a sentarse en la otra punta de la sala.

APOSTAR

Cristian no podía dejar de observar a Carlota. Era tan guapa, alta, delgada, morena, con el pelo rizado, los ojos grandes y negros, además de una sonrisa difícil de soportar. Pero lo que más le gustaba era su piel dorada y brillante. En la hora del recreo se acercó a ella, barajó la posibilidad de preguntarle por las Matemáticas. Sin embargo, había quedado claro que no estaba muy puesta en la materia, así que ya debería saber que él tenía interés por otros aspectos que no eran precisamente lectivos. Por supuesto, sabía que estaba locuita por él.

Nunca le había rechazado una chica, aunque no tenía lo que se dice una belleza arrebatadora. No obstante, sus ojos y su sonrisa conquistaban a todo aquel que se cruzaba en su camino. Estaba acostumbrado a ver a las mujeres babeando a su alrededor, a que las madres lo consideraran un yerno estupendo, incluso el hijo que no habían llegado a tener. Se diría que las profesoras y algunos docentes también sentían algo por el muchacho. Puesto en pie, se armaba la marimorena porque Cristian se machacaba en el gimnasio, y era el ganador del premio al *culo del año* allá donde dicho certamen se celebrara. Lo cierto es que sus horas le había costado y las afortunadas que conseguían tocar sus nalgas no se olvidaban de semejante experiencia.

Después de las tres primeras horas, en el patio, Carlota y Emma hablaban apoyadas en la pared, comiendo unos bollos.

—Uff...

Cristian odiaba las grasas saturadas y las patatas fritas. De vez en cuando podía comerse una piruleta o alguna chuchería, pero no con asiduidad. Los *Mc Donald's* o *Burger King* eran sitios a los que no solía acercarse, solo para invitar a alguna chica cuando no tenía mucha pasta, y comía con asco. Conservar ese cuerpo era difícil y no quería acumular ni un gramo de grasa. Solo ansiaba mostrar músculo. Por eso se atiborraba a pasta y arroz. Cuando saliera con Carlota intentaría educarla en ese aspecto. No podía consentir que su pareja fuera gorda, qué vergüenza, y aunque estaba delgada no la veía que hiciera mucho deporte. Parecía algo enclenque. Habría de procurar que se cuidara. Si querían tener hijos en un futuro,

tendrían que estar sanos y eso empezaba por unos padres que si-
guieran unas costumbres saludables. Claro, que no podía llevarla a
su gimnasio. Los cabritos de sus compañeros eran capaces de levantarle el ligue, y alguno estaba incluso más cachas que él.

—Hola, chicas, ya estáis comiendo porquerías... ¿Quién se anima a venir a correr mañana antes de clase?

Emma y Carlota se miraron y se echaron a reír:

—A ver, Cris —contestó Emma—, si no fuera porque cada mañana voy a sacar a Carlota de la cama a rastras, aquí, la amiga, no llegaría a clase nunca. Se pasaría la vida durmiendo. No tengo muy claro que se levante antes para ir a correr. Si fuera para ir de compras o al parque de atracciones sería distinto.

Mientras decía esto recibió un señor pisotón de su amiga, que consideraba que Emma estaba hablando más de la cuenta.

—Eso no está bien, hay que cuidarse, preciosa —Cristian acarició su mejilla, mirándola intensamente a los ojos, mientras la piropeaba y sonrió, con ese gesto que solo él sabía mostrar. Vio que las pupilas de Carlota se dilataban, con un leve rubor subiendo por sus prominentes pómulos. Entonces lo supo, estaba loca por él. Ya la había conquistado. Ahora solo había que dejarla entrar.

—No me parece mala idea, puedo hacerlo. Me vendrá bien un poco de aire fresco por las mañana, ¿no? —dijo mirando a su amiga.

—Claro, hasta que oigas mis nudillos en la ventana llamándote y entonces te darás cuenta de que todo ha sido un sueño —le respondió algo molesta.

—¿Crees que no puedo levantarme temprano para hacer algo de deporte?

—Hombre, si te acuestas pronto y no te dedicas a hacer lo que sea que hagas por las noches para que te quite el sueño...

Emma levantó las cejas mientras soltaba la indirecta a su amiga, a lo que Carlota respondió frunciendo el entrecejo, ya que pasaba las noches chateando con Cristian.

—Chicas, no discutáis. Podemos hacer una prueba, o mejor... una apuesta. ¿Qué os parece?

Emma se separó de la pared poniéndose frente a frente con su amiga. Una media sonrisa se dibujaba en su cara, pero en el fondo estaba algo celosa. ¿Sería capaz Carlota de madrugar para ir a correr? Es más, ¿lograría dar unas simples carreras aunque fuera sin madrugar? Lo dudaba mucho, pero la chulería de su amiga la había puesto en órbita y estaba dispuesta a apostarse un cine con palomitas y todo.

—De acuerdo —dijo Emma extendiendo la mano hacia su amiga—, apuesto un cine. Quien pierda invita a la otra. La que gane puede, además, decidir la *peli*. Como me toque a mí, elegiré la más terrorífica de la cartelera. Pero no vale que corras un día nada más, tienes que durar como mínimo una semana.

—Trato hecho —Carlota estrechó su mano—. Ve ahorrando, guapita. Y respecto a la película... como elija yo, te vas a tragar el drama del siglo.

—Perfecto, chicas. Pues... Carlota, mañana te recojo a las seis y media en tu casa. Mándame la ubicación por *WhatsApp*.

Cristian acabó dando media vuelta y se fue con una sonrisa en los labios.

—¿Ha dicho las seis y media? —preguntó Carlota volviéndose hacia su amiga—. Me cago en la leche. ¿Pero qué he hecho?

Las carcajadas de Emma se oían en todo el instituto. Ya sabía incluso qué película iba a escoger.

CORRER

Esa noche Cristian no quiso dar conversación a Carlota, pero Emma estaba especialmente pesada. Deseaba hacer algo de *trampita* entreteniéndola a su amiga para que se acostara tarde. Sin embargo, Carlota cenó a eso de las diez y se fue a dormir. Su madre entró en la habitación y hasta le tocó la frente por si tenía fiebre. La chica no era de irse tan pronto a la cama. Puso la alarma del teléfono a las seis y veinticinco. La ropa preparada sobre la silla. Por supuesto, ya desayunaría cuando volviera de correr y se metió entre las sabanas...

Ya se había arrepentido de la dichosa apuesta. Al menos, Cristian le estaría esperando en la puerta cuando se levantara. Soñando con ello, se quedó dormida.

El despertador no se retrasó ni un segundo. Sonó a la hora señalada.

—¡Dios mío, si es de noche! —miró la ropa que había preparado en la silla: un sujetador deportivo, una camiseta vieja de su padre, que le venía grande y le dejaba el hombro al aire, unos pantalones de ciclista, calcetines, zapatillas, así como una sudadera finita, por si acaso. La ropa y ella se miraban mutuamente, aunque nadie daba el primer paso. Entonces, la luz del teléfono se encendió. Lo tenía en silencio, pero se iluminó la pantalla cuando entró la llamada de Cristian.

—Estoy en la puerta de tu casa —es lo único que dijo.

Carlota se levantó de un salto para vestirse. La voz de su madre sonó adormilada desde la otra habitación.

—¡Carlota!

—Mamá, me voy a correr. Luego vendré a desayunar y a cambiarme.

Cristian estaba en la puerta, con los brazos en jarras, haciendo movimientos circulares con la cintura.

—No le digas a Emma que he llegado tarde —le pidió Carlota.

—Será nuestro secreto. Tú marcas el ritmo, no quiero machacarte el primer día.

Definitivamente, estaba enferma o todo era un sueño. Patricia se incorporó en la cama. Era una mujer alta y delgada, con los ojos negros, el pelo castaño y liso. Casi siempre recogido en una coleta y con mucha clase. No era de las que se cuidara especialmente. Tenía

esa elegancia con la que se nace. Hasta cuando se va en pijama. La vida le había enseñado a ser independiente y no había tenido más remedio que aprender. Se conservaba bien y su expresión juvenil le quitaba cuatro o cinco años de encima. Se levantó de la cama y, de puntillas, se acercó a la ventana de la cocina. Se asomó con cuidado para que su hija no la descubriera husmeando. Apartó un poco la cortina y vio a Carlota a lo lejos corriendo con un chico que, al parecer, era bastante apuesto. Sonrió y se volvió a acostar. Todavía podía dormir veinte minutos antes de levantarse para ir a trabajar.

Cuando Emma tocó con los nudillos la ventana oyó la puerta principal abrirse. Ya se creía ganadora de la apuesta, pero su amiga estaba desayunada, pintada, vestida, espabilada y, lo más curioso, contenta.

—Vaya, qué alegría. Por lo visto Cris te gusta. A ver, si no, por qué te vas a levantar tan pronto. Anda, vamos...

Después de tres duros madrugones, Carlota iba cada vez más cansada. El ritmo de la carrera lo aguantaba sorprendentemente bien, teniendo en cuenta que nunca fue deportista, si bien el móvil se convertía en su peor enemigo cada mañana cuando sonaba la alarma. El viernes no tenía muy claro si iba a ser capaz de despertarse. Pero entonces recordó los ojos de Cristian y se animó a poner los pies en el suelo. Su madre la oyó irse con un ojo a medio abrir y se dio la vuelta para seguir durmiendo. No sabía si sentirse orgullosa o pensar que su hija era tonta por ir detrás de ese chico. Sin embargo, sabía lo que era estar enamorada y perderlo todo en un instante. Ella, mejor que nadie, había aprendido que la vida está para exprimir cada segundo como si fuera el último. Patricia conocía ese último segundo traidor que cambió la suya para siempre y la de Carlota.

—¿Cómo están esas piernas? —preguntó Cristian mientras daba pequeños saltos en la puerta de Carlota para no enfriarse.

—Ya no tengo agujetas. Aunque, la verdad, hoy he estado a punto de no venir. Pero aquí estoy. Vamos, que ya es viernes —dijo antes de comenzar su cuarta carrera.

—Ánimo, solo queda un día para ganar la apuesta. Aunque, si quieres, podemos seguir yendo a correr todas las mañanas.

—No, gracias, me conformo con llegar al lunes.

A Cristian no le hizo gracia ese comentario. Al fin y al cabo, únicamente estaban solos en ese momento del día y no podía creer que Carlota no quisiera disfrutar de él. Le costaba entender cómo alguien prefería dormir a estar corriendo con el chico más guapo de la clase. Había que ser muy gandula para eso. Y a él no le gustaban los holgazanes.

HACER TRAMPAS

Emma se sentía un poco celosa, ya que, por las mañanas, tenía que sacar a Carlota de la cama y prepararle el desayuno para convertirla en persona. Y con Cristian en cinco minutos estaba en la calle, pero luego la veía tan contenta que se le pasaba el enfado.

Solo quedaba un día de apuesta: el lunes. Al final tendría que tragarse una película romántica de las que le gustaban a Carlota. Iba a tener que idear alguna estrategia. Se presentaría el domingo por la tarde en su casa con un par de comedias ñoñas y palomitas para hacer que se acostara tarde. Mientras pensaba en esto consultó las actividades en la zona ese día y ¡bingo! Había un concierto de *Los Tristes* a las nueve y media de la noche en el bar *De Quico*. Era el único garito medio en condiciones que había en un kilómetro a la redonda. Un lugar donde los aseos estaban pasablemente limpios y los vasos rara vez llevaban restos de pintalabios. También tenía un pequeño escenario donde a veces tocaban, sin cobrar, grupos que empezaban y necesitaban promocionarse.

Ese *sin cobrar* suponía asumir el riesgo de que la noche fuera un éxito o un fiasco, en cuyo caso tampoco estaba mal del todo. Ante un fracaso la gente grababa a los músicos desafinando o haciendo el más absoluto de los ridículos y lo subía a las redes sociales promocionando el bar indirectamente. En una ocasión, incluso salió en la televisión un fragmento de un concierto en el que el cantante iba tan borracho que empezó a vomitar en medio del escenario mientras interpretaba *Me lo guardé todo dentro*. Esto dio lugar a comentarios de lo más mordaces en las redes. Pero no todo se quedó ahí, ya que resbaló con su propio vómito y fue a caer de espaldas sobre la batería, cosa que le vino de perlas a *De Quico* porque detrás del percusionista había un cartel enorme donde se podía leer: «Déjate caer por el bar *De Quico*». Esta circunstancia aumentó el cachondeo colectivo dando mucha publicidad al establecimiento y, por supuesto, al conjunto que tocaba esa noche.

Emma y Carlota conocían la música de *Los Tristes*, ya que Roque, el otro chico nuevo de este año, era el bajista y les había hablado de su banda. Roque y Cristian andaban mucho juntos. No se parecían en nada, pero al ser los dos chicos nuevos se apoyaban uno en el

otro. Roque era alto, desgarrado y risueño. Se le podía definir como *feliz* y esa positividad la transmitía a los demás. Físicamente no era gran cosa. Castaño, de ojos pardos y una bonita sonrisa. Atento, educado y cariñoso.

Emma ya sabía lo que tenía que hacer y, cuando salieron de clase a la hora del recreo, se fue con Carlota directa a por Roque:

—Hola, Roque. ¿Cómo vas? —dijo Emma.

—Bien —no se extrañó de que le abordaran de ese modo. Al fin y al cabo, Emma había sido muy amable con él desde el principio de curso. Lo que desconocía es que formaba parte de una estrategia para que Carlota pudiera acercarse a Cristian y, al final, sin querer, habían hecho buenas migas. A Roque le gustaba Emma. A ella, digamos, no le desagradaba estar con él.

—¿Qué haces este fin de semana? —Carlota miró asombrada a su amiga con los ojos como platos, nunca habían salido con Roque—. Había pensado que podíamos juntarnos en mi casa a jugar a algo el domingo. Mis padres se llevan a mis hermanos todo el día por ahí. Se lo voy a decir también a Cris, puede ser divertido.

—El domingo no puedo, tengo concierto en *De Quico*, ¿Por qué no venís? Es a las nueve y media.

—Pues... no sé —Emma miró a Carlota—. ¿Tú qué dices?

—Por mí, bien —Carlota no se acordaba del madrugón del lunes, ni se le pasó por la cabeza que toda esta historia fuera una estratagemata de su amiga para ganar la apuesta. En el amor y en la guerra todo vale, ¿no?

—Vale, pues allí nos vemos —sentenció Emma.

—Pero, ¿qué haces? —preguntó Carlota a Emma una vez que Roque se había ido.

—Es que he visto un cartel del concierto y me apetecía ir, pero si aparecemos allí sin que él nos haya dicho nada va a parecer que estamos coladitas. Yo, en concreto. Y no quiero que piense eso. Ahora, cuando vayamos será porque nos ha invitado.

Carlota tenía una mosca dentro de la cabeza que le daba vueltas y no sabía lo que era. Pero, bueno, qué más daba. Ya tenían un plan divertido para el domingo. Lo malo es que, al día siguiente, había clase. Y no solo eso, además era el último de la apuesta. Tenía que levantarse a las seis y veinticinco. Ahora lo entendía todo. Emma le había tendido una trampa y había caído.

—¡Qué mala eres!, tú lo que quieres es que pierda la apuesta.

—¿Qué apuesta? —contestó Emma con los ojos entornados y una sonrisa de oreja a oreja.

—Con que esas tenemos, ¿eh? —dijo Carlota divertida y sorprendida al mismo tiempo ante la astucia de su amiga—, pues te acompañaré al concierto para que veas a tu amor. Recuerda que soy tu amiga y sé que Roque te gusta de verdad. A mí no me engañas. Además, al día siguiente voy a levantarme a las seis y veinticinco. Ganaré la apuesta, así que prepara el pañuelo, porque te voy a llevar a ver la película más triste de la historia de las películas tristonas. Anda, mira, como el grupo de tu novio *Los Tristes*.

Esta vez fue Carlota la que aporreó la puerta de Emma, a eso de las ocho y media de la tarde del domingo. Salió su padre a abrir. El llanto de uno de los gemelos se oía a lo lejos con la voz de su madre diciendo: «¡Ya va!, ya va...».